

—¿De modo que es verdadera la noticia? preguntó el clérigo.

—Tan verdadera, contestó el licenciado Benavides, que se llamó violentamente al general Rocha para que se ponga al frente de la División que va para Oaxaca, y que ya recibió orden de comenzar las operaciones el general Alatorre. Lo sé de buena tinta.

—Lo que pasó, dijo Néstor que ya empezaba de nuevo á querer tomar una ingerencia directa en la política, fué que los de la Ciudadela echaron á perder toda la combinación del Directorio Porfirista.

—¿Cómo estuvo eso? preguntó con interés el sacerdote.

—Voy á contarle á ustedes, en pocas palabras, según lo supe de boca del mismo general Negrete. De aquí se mandaron dos comisionados á Oaxaca para interpelar al general Díaz respecto de si estaba ó no dispuesto á encabezar la revolución. El general contestó que sí y mandó el plan que fué completamente variado por Benítez. Hubo con ese motivo algún desacuerdo respecto de los manejos sucesivos. El Directorio había dispuesto que se iniciara el movimiento en la frontera, lo mismo que en Oaxaca, el día último de Septiembre de este año de 1871, es decir, á fines del mes pasado, y con ese objeto salieron de aquí los mismos comisionados que estuvieron con el general Porfirio Díaz á dar la palabra de orden á los generales Treviño, Naranjo y Pedro Martínez; pero se acordó también que hasta que esos movimientos causaran aquí su efecto moral se intentaría dar un golpe de mano desde el momento en que ya se contaba con la mayor parte de la guarnición, y sobre todo con el general Donato Guerra que, al renunciar el mando de las tropas del gobierno, no

dejaría de atraérselas otra vez al encabezar él mismo la revolución en la Capital. En esa forma el plan resultaba infalible. Juárez tendría que ser derribado del poder en unos cuantos días por más bien preparado que estuviera á la resistencia. Pero los hombres de armas, sin obedecer al Directorio, anticiparon los sucesos, ya por la impaciencia que tenían de lanzarse á la pelea, ya para aprovechar el momento que creyeron oportuno por no encontrarse en México ni el ministro de la guerra ni el comandante militar y además estar bien comprometida la guarnición, el caso fué que con su imprevisión han fortalecido al gobierno y han debilitado á su partido, haciendo que se aplase su triunfo indefinidamente.

—Néstor está bien enterado, se apresuró á decir Benavides, eso precisamente es lo que refieren los porfiristas prominentes, agregando que nada perjudica tanto como el excesivo celo de los amigos.

—Y á tí ¿qué te interesa eso? preguntó Amparo á su marido.

—Me interesa mucho, contestó Néstor, porque yo y todos mis amigos estamos dispuestos á ayudar á la revolución para que caiga don Benito Juárez, que ha sido nuestro más encarnizado enemigo.

—Tiene razón, Néstor, dijo Benavides, cualquier gobierno nuevo que venga, procurará echar un velo sobre lo pasado.

Inútil es decir que el sacerdote pariente de la familia dió su aprobación.

La que suspiró fué Adela, quien dijo por lo bajo á su amado consorte:

—Ahora, aunque se venga el mundo abajo, no te vuelvo á dejar que te marches á la guerra.

El abogado contestó en voz alta:

—No, ahora no tomaré las armas para afiliarme en ningún bando, aunque bien comprendo que todo hombre honrado, que todo buen patriota debe desear la caída de un gobierno que se ha hecho detestable por sus abusos, que ha matado por cientos á los mexicanos en Atexcal, en Tampico y en la Ciudadela, que ha derrochado los fondos públicos, que ha destruido la fé que se tenía en las instituciones y que no ha sabido dar ni una sola muestra de decoro, de hidalguía, ni de patriotismo, dejándose arrastrar por la sed de mando, hasta convertir el gobierno demócrata en una descarada dictadura. No combato yo á ese poder, pero sí apruebo que lo combatan otros, y seré de los que aplaudan el día que lo derriben.

Y así como en la casa de Alejo, en todas las casas de la Capital se hablaba del gran acontecimiento, y si bien en muchas partes se manifestaba satisfacción deseándose el triunfo del héroe de Oriente, en las más se sentía la mayor angustia, ya fuera por el temor á los males que producía la guerra, fuera por el recelo de que se estableciera una dictadura militar, ó fuera en fin por los grandes intereses que había criado el gobierno de don Benito Juárez, así en lo general se lamentaba la noticia como precursora otra vez de la era de los pronunciamientos.

El juarismo, que estaba ya envalentonado con su gran victoria de la Ciudadela, acometió con fé la campaña contra los pronunciados, á los cuales rodeó facilmente de tropas fieles tanto en Oaxaca como en la frontera, dando término en unos cuantos días con los del primer punto, y algunos meses más tarde con los del segundo, siendo el héroe de las principales jornadas el general. Sós-

tenes Rocha, que aunque costaba bastante caro al gobierno, lo *chiqueaba* mucho porque sabía darle repetidas victorias.

El vencedor de la Ciudadela fué y ocupó á Oaxaca determinando la muerte del gobernador del Estado, que era nada menos el hermano del caudillo de la revolución, y luego fué también y derrotó á los caudillos del Norte, con quienes estaba ya unido el valiente general Donato Guerra, los cuales defendieron con poca fortuna los cerros de la Bufa y de Bolzas que están á la entrada de Zacatecas.

Todos los principales jefes de la revolución andaban ya fugitivos en varias direcciones: Porfirio Díaz en el extranjero ó buscando ya un puerto en que poder desembarcar para presentarse en el interior de la República; Donato Guerra por Chihuahua; Treviño y Martínez en los Estados fronterizos y García de la Cadena por el cañón de Juchipila, de modo que el gobierno había vuelto á triunfar en toda la línea, lo cual significaba que no se había eclipsado todavía la brillante estrella de Juárez.

Es necesario rendir el tributo correspondiente al ministro de la guerra D. Ignacio Mejía, no sólo por la actividad extraordinaria que desplegó en estas circunstancias, sino por el acierto con que manejó aquella difícil campaña, luchando por un lado contra el gran prestigio militar del caudillo de la revolución, y por el otro con las penurias del erario, sabiéndose aprovechar de la lealtad y las buenas dotes de la mejor oficialidad que tenía el ejército.

Solamente habría triunfado la revolución de un modo indudable, en el caso de haber llegado el general Porfirio Díaz á tiempo para ponerse al frente de las tropas que habían organizado Treviño, Donato Guerra y Pedro

Martínez, los derrotados de la Bufa, pues bien sabido es que había poca cohesión entre ellos y que ninguno tenía la táctica necesaria para medirse con el general don Sós-tenes Rocha.

En aquellos momentos en que estaban los elementos de la revolución dispersos y con muy pocas esperanzas de volver á levantarlos, apareció el general Porfirio Díaz en Tepic, después de haber cruzado trabajosamente y por entre el enemigo desde el Manzanillo los Estados de Colima y Jalisco, encontrándose allí con algunos de sus partidarios que habían buscado también un refugio á la sombra de Lozada.

El caudillo se reanimó viéndose rodeado de buenos amigos y con muy buena perspectiva de proporcionarse nuevos elementos de guerra, es decir, unos quinientos hombres bien armados que iba á levantarle en pocas semanas el general don Plácido Vega.

También se le proporcionarían algunas piezas de montaña sacadas de la sierra de Alica.

Era mala la procedencia de la gente y de las armas; pero la guerra es la guerra: para el que se anda ahogando, cualquiera tabla es buena tabla de salvación.

Aquellos elementos iban á servir solamente para salir por de pronto del atolladero. Después ya veríamos.

El general Porfirio Díaz formó su Estado Mayor con el entonces coronel don Francisco Mena, con el licenciado Ireneo Paz, con el doctor Gaxiola y otros pocos amigos que estaban allí reunidos, y se fué á establecer su Cuartel General en Santiago Ixcuintla. Vivían todos hermanablemente en la casa de Agatón Martínez, cacique del pueblo, y uno de los capitanes más consentidos de Lozada.



El general Díaz estaba rodeado de sus amigos en el patio de la casa.

Allí en Santiago Ixcuintla se supo que la revolución había sido derrotada pero no vencida. Que el general Manuel Márquez dominaba en la capital de Sinaloa y en los principales Distritos, que Donato Guerra estaba rehaciéndose en Chihuahua; que la sierra de Puebla estaba incendiada; que en el Sur, el Estado de Guerrero estaba insurreccionado, y finalmente, que las tropas fronterizas que fueron salvadas en la Bufo por Pedro Martínez, habían alcanzado un espléndido triunfo en el Chopo, con todo lo cual tenían asegurado otra vez el dominio de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

El caudillo, en esos momentos, consideró que su causa no estaba perdida aún, y que todo dependía, para levantarla y triunfar, de que pudiera ponerse prontamente en campaña, así es que los elementos que iban á proporcionársele eran esperados con ansia.

Ya no quería quinientos hombres con artillería, sino siquiera una buena escolta de cien lanceros para dirigirse á Chihuahua y lanzarse como una tromba para el Interior.

Una tarde el 18 de Julio (habían transcurrido diez meses ya desde el momento en que se había encendido la chispa revolucionaria) llegó un extraordinario con pliegos de Tepic.

El general Porfirio Díaz estaba rodeado de sus amigos en el patio de la casa de Agatón Martínez, sentados todos bajo la sombra de un naranjo, cuando con voz firme, que hizo temblar á todos leyó:

«Juárez ha muerto. Lozada mandó repicar en Tepic las campanas. Ustedes ya no están seguros en el territorio.—*San Román.*»

El caudillo, muy serio, mandó que se ensillaran los caballos, y poco después salió de Santiago Ixcuintla seguido de su pequeña comitiva con rumbo al Estado de Sinaloa.

Todos iban cabizbajos, sobre que se les presentaba más oscuro que nunca el porvenir.



CAPITULO LXVII.

Ultimos momentos.

¿Qué había pasado, pues, en México?

Vamos á decirlo en pocas palabras, retrotrayéndonos al tiempo en que tuvieron desarrollo los acontecimientos.

Aunque se habían celebrado con pompa las derrotas de los revolucionarios, el gobierno no las tenía todas consigo.

Ninguno de los jefes principales había muerto ni se había sometido. Cada cual mandaba una fuerza más ó menos considerable y esto hacía que las tropas federales se fraccionaran también, se fatigaran y consumieran sus elementos.

Y la prueba de que el gobierno no estaba tranquilo con sus triunfos, fué que hizo fuerza de vela en el mes de Abril de 1872 en el Congreso para sacar nuevamente